

Ana Alonso

Una mano en la piedra

Ilustraciones
de Pablo Torrecilla

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2012

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2012

© De las ilustraciones: Pablo Torrecilla 2012

© De las fotografías de cubierta: Getty Images; Antonio Vázquez/Anaya

© De las fotografías de las fichas: Archivo Anaya (Cosano, P.;
Ramón Ortega, P. - Fototeca de España; Valls, R.; Zuazo, A.H.)

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

www.anayapizcadesal.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:

Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano
y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-678-2949-5

Depósito legal: M. 4079/2012

Impreso en Anzos, S. L.

28942 Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

Una mano en la piedra

Ilustraciones
de Pablo Torrecilla



ANAYA

CAPÍTULO 1

Clara no podía creer que su madre se la hubiese jugado otra vez.

Le había prometido que ese verano todo sería diferente.

—Las vacaciones, este año, están pensadas a tu medida, Clara—fueron sus palabras—. Haremos barbacoas, volaremos cometas... Y, por supuesto, iremos a la playa. Eso es lo que querías, ¿a que sí? A ti te encanta la playa...

Clara asintió, e incluso se atrevió a sonreír de oreja a oreja. Llevaba siglos esperando unas vacaciones así; como las de todo el mundo... Vacaciones que no consistiesen en esperar en un hotel (o, peor aún, en una tienda de campaña) mientras su madre se dedicaba a buscar huesos de hace miles de años en un barranco o en una cueva. Normalmente, sus excavaciones las obligaban a viajar a países en los que hacía un calor espantoso en verano, y donde la gente, aunque era muy amable, hablaba unos idiomas rarísimos. Y nunca,

nunca había nadie de su edad con quien ella pudiera jugar: ni en el hotel, ni en el yacimiento, ni en ninguna parte.

Si por lo menos la hubiesen dejado colaborar... Eso habría sido divertido. Andrea, la madre de Clara, se lo pasaba en grande con sus compañeros de excavación. Todos eran paleontólogos. Mejor dicho, «paleoantropólogos». Su trabajo consistía en buscar huesos de los hombres primitivos. Era una tarea bastante dura, porque había que excavar con mucho cuidado para no romper nada, y sacar cada cosa que encontraban con más cuidado aún, apuntando bien dónde la habían encontrado y lo que había alrededor, para poder analizarlo más tarde y saber de qué época era. Una tarea nada fácil...

Sin embargo, a Andrea parecía gustarle más que ninguna otra cosa en el mundo. Clara estaba convencida de que le gustaba incluso más que estar con su hija. Cada vez que su equipo encontraba cualquier trozo de hueso, Andrea volvía al hotel contentísima, como si le hubiese tocado la lotería. A veces ni siquiera conseguía pegar ojo, de lo emocionada que estaba.

Seguramente Clara también se habría emocionado si su madre le hubiese permitido compartir con ella esos momentos tan especiales. A lo mejor, en lugar de estar aburriéndose en un hotel, podría haber echado una mano en el yacimiento, porque además era bastante observadora y estaba segura de que, si le hubieran dejado



probar, ella también habría encontrado algún que otro hueso escondido.

Desgraciadamente, su madre no opinaba lo mismo. Según ella, buscar huesos en una excavación era un trabajo «científico». Se necesitaban muchos años de estudios para hacerlo bien. Los «aficionados», en su opinión, no hacían más que enredar y estropearlo todo, y cuando se trataba de huesos viejos, Andrea pensaba que los niños eran solo eso: aficionados.

Si Pablo, el padre de Clara, hubiese tenido una profesión corriente, ella habría podido quedarse tranquilamente en casa con él. No habría habido playa ni grandes diversiones, pero al menos se habría ahorrado el calor y las picaduras de los mosquitos... El problema era que Pablo tenía un trabajo aún más raro que el de Andrea. Era también científico, pero estaba especializado en los climas antiguos... Y eso significaba que, todos los veranos, tenía que viajar al Polo Norte.

Ir al Polo Norte era peor aún que viajar por países desconocidos buscando viejos huesos, porque hasta en verano hacía un frío horroroso. El padre de Clara siempre hablaba de pedir, algún día, una licencia por estudios. Si se la concedían, podrían aprovechar el verano para hacer un gran viaje los tres juntos a lugares turísticos normales, como París, Londres o Roma. Incluso irían a Disneylandia...

Pero mientras tanto, a Clara no le quedaba más remedio que pasar las vacaciones con su madre. Por

eso, cuando ella le aseguró que ese año todo iba a ser diferente y que tendría playa y barbacoas, se puso realmente contenta. Y al principio, justo después de llegar a Asturias, Andrea parecía dispuesta a cumplir todas sus promesas. Hasta se compró un traje de baño nuevo: un bikini de flores tropicales. Clara se lo vio puesto en el probador; estaba guapísima...

Pero después de aquel día, Andrea no volvió a ponerse. Y era una pena, porque la casa en la que estaban pasando el verano se encontraba sobre un acantilado, muy cerca de la playa. Solo había que bajar unos cuantos escalones tallados en la piedra para llegar hasta ella...

Sin embargo, estaba claro que a Andrea no le interesaba nada la playa. Le interesaban mucho más los acantilados y las cuevas que había en ellos, y las rocas que se podían ver detrás, y todo lo que tenía que ver con piedras y huesos y nada que ver con toallas y crema solar. ¡Nunca cambiaría!

Llevaban en Asturias una semana, con la abuela Esther y la tía Milagros, una hermana de la abuela. Todos los días, cuando Clara se levantaba, descubría que su madre había madrugado para salir a dar una vuelta por los acantilados.

La abuela le preparaba uno de sus desayunos especiales, con tostadas untadas de tomate y aceite, y luego se sentaba frente a ella en la mesa de la cocina y la observaba mientras comía. Se sentía triste por su nieta; se le notaba en la cara... Se daba cuenta de que nada estaba





saliendo como Clara esperaba, y le habría gustado poder ayudarla, pero no sabía cómo hacerlo.

—No debes enfadarte con tu madre —le dijo una mañana, mientras Clara removía el cacao de su taza con la cuchara, distraída—. La ciencia es su pasión, y no sabe desconectar del trabajo. Necesita explorar un poco todas esas viejas cuevas. Tienes que tener paciencia... Cuando se convenza de que por aquí no hay nada de lo que le interesa, empezará a venirse con nosotras a la playa, ya lo verás.

—Llevamos aquí una semana entera y todavía no se ha convencido —le contestó su nieta—. Más bien todo lo contrario; cada día se marcha un poco más temprano...

—Pero la playa es igual de divertida sin ella, ¿no? Y, si quieres, esta tarde o mañana puedo llevarte al cine. Creo que han estrenado una película en 3D en el pueblo.

Clara se encogió de hombros, en un gesto que no quería decir ni que sí ni que no. Su abuela solo intentaba ayudar, y no le apetecía ponerla en ridículo explicándole que esa película a la que quería llevarla era sobre coches que hablaban, o sea, una historia para críos pequeños. Pero en ese mismo momento, Clara tomó una decisión: el problema no era de la abuela, sino suyo. Y era ella quien tenía que ponerle remedio...

Por eso, a la mañana siguiente, decidió pasar a la acción. Cuando Andrea apareció en la cocina a las ocho

en punto para desayunar, encontró a su hija vestida y con la cantimplora y la mochila preparadas.

Al principio miró a Clara sonriendo, sin entender.

—Buenos días, hija. ¿Te vas a alguna parte?

Clara estaba deseando que llegase ese momento.

—Sí, mamá —le contestó muy seria—. Me voy contigo.

Andrea parpadeó desorientada.

—Pero Clara, te vas a aburrir. Solo voy a dar un paseo por las rocas. Volveré enseguida...

—No es verdad. No volverás enseguida, volverás a la hora de comer, como todos los días. Pero da igual, porque hoy pienso acompañarte.

—¿A ver piedras?

—Piedras, huesos... Lo que sea —dijo Clara con decisión—. Cuando quieras nos vamos.

Su madre suspiró.

—Está bien. Será divertido ir juntas, por una vez. Y quién sabe, hasta es posible que te guste... Venga, no perdamos el tiempo. Cuanto antes lleguemos a los acantilados, mejor.